

go vengador para abrasar á los temerarios que iban á ofrecer inciensos con un fuego extraño, ¿no debieran salir del Altar en que reside el Rey de la Gloria unas vengadoras llamas que consumiesen á los pecadores que llegan á ultrajar la Magestad de su Dios? Si en otro tiempo nadie podia acercarse al monte donde el Señor daba su ley sin ser atravesado con rayos, Jesu-Christo desde su Altar, desde aquella misteriosa montaña, en donde es Legislador de su Iglesia, debiera sin duda arrojar rayos para vengar su gloria, y castigar la insolencia del profanador que llega á ultrajarle en el lugar de su descanso; pero executa unos castigos mas secretos y terribles, de los que aquellos no fueron mas que unas debiles figuras. No enciende su justicia el fuego vengador en el Santuario, sino en el lugar de los suplicios en donde nunca se ha de apagar; no castiga al pecador con una muerte visible, sino con una invisible anathema; no castiga despedazando las entrañas del alma sacrilega, sino cerrando sus propias entrañas para no compadecerse de ninguna de sus necesidades, abandonandola, y entregandola á toda la corrupcion de su propio corazon: Sin duda, católicos, que no os asustan estas desgracias, porque os persuadis que no se dirigen á vosotros; os persuadis á que no sois del numero de aquellos desdichados que han de ir á comer y beber su condenacion en los solemnes dias que se acercan; os parece que no habeis de llegar al Altar hasta despues de haber purificado vuestras conciencias en el baño de la penitencia; veamos, pues, si basta esta precaucion para evitar una Comunión indigna, y si el numero de pecadores que en esta augusta solemnidad se hacen reos del Cuerpo y Sangre de Jesu-Christo es mayor de lo que pensamos; para conocer esto basta explicar quales son los requisitos necesarios para comulgar santa y utilmente, y aplicandose despues cada uno las reglas que ha dejado Jesu-Christo á su Iglesia, podrá juzgarse á sí mismo, y ver si tiene que temer quando llegue á presentarse al Altar.

SER-



SERMON PARA EL VIERNES SANTO.

SOBRE LA PASION DE NUESTRO Señor Jesu-Christo.

Consummatum est.

Ya está todo acabado. *Joann. 19. v. 30.*

ESTAS son las ultimas palabras con que el Salvador, al tiempo de expirar hoy en la Cruz, consuma su sacrificio; estos los ultimos suspiros que recogen de su boca moribunda las Santas Mugerres y el discípulo amado; estas las ultimas instrucciones que reciben de su Divino Maestro: De este modo se ausenta de la tierra, y deja á sus amados discípulos igualmente consternados por el dolor de perderle, y por el profundo Misterio de estas ultimas palabras. Ya está todo acabado. *Consummatum est.*

Y á la verdad, qué pudieron entender por estas palabras? ¿A qué tristes pensamientos no se abandona su espíritu tímido y cobarde en aquel terrible instante? Puede ser que el Sol que se eclipsa, la tierra que se estremecce y se cubre de luto, los sepulcros que se abren, los muertos que resucitan, y toda la naturaleza que parece trastornarse y confundirse, puede ser que les persuadiese que Jesu-Christo les anuncia que todo iba á fenecer con su muerte; que el mundo no podia sobrevivir á la

Ec 2

muer-

muerte de su Autor; que el atentado cometido en su persona no podia expiarse sino con la entera ruina del universo; quanto le habian oído decir en el discurso de su vida acerca de la proximidad del último dia no contribuiría poco á confirmarlos en este funesto pensamiento; puede ser que creyesen que todo se iba á acabar. *Consummatum est.*

Pero nosotros, católicos, sabemos que quando llegue el fin de los siglos no ha de parecer el hijo del hombre abatido, y cargado de oprobrios en una Cruz, como hoy le estamos viendo; sino sentado sobre una nube de gloria, rodeado de Angeles, y precedido de poder, terror, y magestad: Procuremos, pues, aclarar la santa obscuridad de estas ultimas palabras, pues sin duda encierran en sí grandes instrucciones, y toda la doctrina de la Cruz.

En primer lugar; muchas veces habia declarado el Señor por sus Profetas, que no le agradaban los sacrificios de cabritos y toros, despreciaba lo imperfecto de estas hostias, y no las hubiera sufrido, á no descubrir en ellas las futuras y significativas señales del sacrificio de su hijo; estas eran unas toscas figuras que suspendian su justicia, pero no podian satisfacerla; la muerte de Jesu-Christo perfeccionó todos los defectos de aquellos antiguos sacrificios, y la justicia de su eterno Padre no tiene ya mas que pedir al hombre. Primera consumacion.

En segundo lugar; los subditos del Padre de familias no le habian hasta entonces ofendido mas que en las personas de sus siervos: Jerusalén solamente habia dado la muerte á los Profetas que la habian sido enviados, y aún no estaba llena la medida de sus culpas; y así era preciso que se derramase la sangre del hijo y del heredero, y que de este modo se consumase la iniquidad de aquel ingrato pueblo. Segunda consumacion.

Finalmente; los justos de los antiguos tiempos, que antes habian glorificado á Dios muriendo por la verdad, no sacrificaron mas que una vida triste y desgraciada,

expuesta á las tentaciones de los sentidos y de la carne, y un cuerpo sujeto á la maldicion de la muerte: Pero Jesu-Christo renuncia la vida mas feliz, incapáz de ser manchada con pecado alguno; ofrece una alma que nadie podia quitarle, si él no la quisiera entregar; y gustando voluntariamente la muerte de que estaba esento por razon de su propia naturaleza, dá á su Padre la mayor señal de amor que hasta entonces habia dado justo alguno. Tercera consumacion.

Es decir, que la muerte del Salvador encierra tres consumaciones, las que nos explicarán todo el misterio de este grande sacrificio, cuyo espectáculo renueva hoy nuestra Madre la Iglesia honrando su memoria; una consumacion de justicia por parte de su eterno Padre; una consumacion de malicia por parte de los hombres; y una consumacion de amor por parte de Jesu-Christo. Estas tres verdades serán el asunto de este discurso, en la historia de las ignominias del hombre de Dios; en ellas hallaremos instrucciones sólidas, y verdades que el mundo no conoce; porque el mundo no conoce á Jesu-Christo, y veremos que la Cruz es la condenacion del pecador, y la consumacion de su ingratitud.

Pero con todo eso, ó Cruz adorable, Vos sois el unico asilo que nos queda: hoy está pendiente de Vos nuestra esperanza, nuestra salud, nuestro remedio, nuestro Evangelio, y nuestra ley, todo está unido á vuestro sagrado leño; Vos nos conservais la divina prenda de nuestra paz y de nuestra reconciliacion con Dios; Vos sois, hoy especialmente, un trono de misericordia, adonde podemos llegar con confianza, y así nos postramos á vuestros pies, diciendo con toda la Iglesia: *O Cruz, Ave, &c.*

PRIMERA PARTE.

NO sería Dios sabio, santo, justo, ni aún bueno, si pudiera dejar al pecado sin castigo, dice S. Agustín; Dios es deudor á su gloria, de la venganza de los ultrajes que le hace el pecador rebelandose contra ella; á su sabiduria, del restablecimiento del buen orden que turba el pecador con sus transgresiones; á su bondad, de la correccion de los delitos que el pecador autorizará con su exemplo mientras no recibe el castigo; á su santidad, de no comunicarse á una criatura manchada, y de hacerla infeliz abandonandola; en una palabra á todas sus perfecciones es deudor del castigo el pecado.

Pero su justicia que pide el castigo del pecador, aún quando le executa, no halla en él con que poder satisfacerse, y desagraviarse; esta víctima no es digna del Señor; el hombre puede ofenderle, pero no puede reparar la ofensa, porque ¿quién es el hombre, dice Job, comparado con Dios? Y así era preciso que en lugar del hombre se sostituyese una víctima de infinito precio; que no pudiendo la tierra producir criatura alguna capaz de aplacar á su Dios, y de reconciliarle con el hombre, se bajasen los cielos, y nos embiasen un justo que sirviese de reconciliador á la tierra; y que una hostia por sí sola capaz de glorificar al Señor con sus abatimientos, aún mas de lo que el hombre le habia ultrajado con su desobediencia, se pusiese entre sus rayos y nuestros delitos, y atraxese sobre sí sola todos los castigos que su justicia habia destinado contra nosotros. Este fue el designio de la sabiduria y bondad de Dios en el grande sacrificio que hoy ofrece su hijo por todos los hombres.

Y para mejor conocer esta verdad os suplico que advertais, católicos, que el pecado incluye en sí tres desordenes; uno en el entendimiento, por la falsa idea que

se forma el pecador de la acción prohibida; otro en el corazón, que se rebela contra la ley, y no quiere sujetarse á su Dios; y otro en los sentidos, que salen de su uso natural, y arrastran á la razón ácia sus objetos, quando debieran seguirla. Hoy expia el Salvador en su agonía estos tres desordenes con unas penas proporcionadas á cada uno de ellos. Primeramente; la justicia de su Padre se propone el contristar su espíritu, figurando en él los mas vivos horrores de la culpa: En segundo lugar se propone humillar su alma, cubriendola con toda la ignominia del pecado: Finalmente; se propone reducir su cuerpo al ultimo desfallecimiento, dejandole que padezca anticipadamente los dolores debidos al pecado: La narracion sencilla de esta historia basta para darnos pruebas suficientes de estas verdades. El asunto por sí mismo merece tanto vuestra atención, católicos, que no hay necesidad de que yo os la encargue.

Habiendo llegado la hora en que Jesu-Christo debía pasar de este mundo á su Padre, despues de haber dado á los suyos las ultimas señales de su amor, en la institucion de la nueva Pasqua, y de haberlos fortificado contra el escandalo de su Pasión con la gracia de aquel celestial sustento, y con las mas afectuosas instrucciones que un buen Señor y Padre puede persuadir en aquellos ultimos instantes, no ignorando cosa alguna de quanto le habia de suceder, sale acompañado de sus discipulos, como una víctima que vá por sí misma al lugar en donde ha de ser sacrificada; vá al huerto de las Olivas á tratar por la ultima vez con su Padre del gran Misterio de la Redencion de los hombres; como aún se hallaban flacos sus discipulos, quiso escusarlos el espectáculo de sus congojas y agonía, se separa de ellos, postra en la tierra su rostro, y aceptando en la presencia de su Padre toda la amargura de su Caliz, le dice: Padre justo, ved ya que por ultimo ha llegado el dia de vuestra gloria, y de mis oprobrios; las víctimas y holocaustos

tos de la ley no eran dignos de vuestra Magestad; pero me habeis formado un cuerpo, cuyo sacrificio, y cuyos tormentos satisfarán á vuestra justicia; yo no vine al mundo sino para hacer vuestra santa voluntad, y la ley de muerte que desde el principio habeis pronunciado contra mí, ha sido siempre el mas ardiente deseo de mi corazón.

Apenas aceptó el alma santa del Salvador el sangriento ministerio de nuestra reconciliacion, quando empezó la justicia de su Padre á mirarle como á un hombre de pecado: Desde entonces no mira en él á su Hijo querido, en quien habia puesto toda su complacencia; no vé en él mas que una hostia de expiacion y de ira, cargada con todas las iniquidades del mundo, la que no puede menos de sacrificar á toda la severidad de su venganza, y desde entonces empieza á caer sobre aquella alma pura é inocente todo el peso de su justicia; aqui fue donde Jesu-Christo, Jacob verdadero, estuvo luchando toda la noche con la indignacion del mismo Dios, y en donde consumó anticipadamente su sacrificio, y de un modo mucho mas doloroso, porque su alma santa vá á expír, por decirlo así, á impulsos de los golpes de la justicia de un Dios irritado; pero en el Calvario solamente será entregado al poder y furor de los hombres.

Porque en primer lugar; la justicia de Dios aflige al alma de Jesu-Christo, figurando en ella los mas vivos horrores del pecado; y para mejor examinar esta primera circunstancia de su agonía, reparad católicos, en que lo que regularmente disminuye en nosotros el horror del pecado es, primeramente, una falta de luz: Nuestra alma sepultada toda en los sentidos, casi no conoce mas que las cosas sensibles; nos mueve muy poco el horror del pecado, que mata el alma, y la separa eternamente de Dios; nos atemoriza el miedo de la eternidad de suplicios, que la están destinados, pero no la infamia y el horror de la transgresion, por la que se ha-

hace merecedora de estos suplicios: Al contrario, nos parece que la pena excede á la ofensa, y que Dios es demasiado severo, pues castiga unas infidelidades transitorias con unas penas eternas: y así, miramos al pecado que borra de nuestras almas el sello de nuestra salvacion, y el carácter y señal de hijos de Dios, y que nos hace enemigos suyos, le miramos como una flaqueza, una inclinacion natural, un efecto de la edad, y una ley de la complexion; y como no conocemos ni la eterna verdad, á la que ultraja el pecado, ni la justicia que arma contra sí, ni el buen orden que destruye, ni la caridad á quien apaga, ni la santidad á quien afrenta, ni los bienes eternos de que nos priva, ni toda la extension de los funestos males en que nos precipita, le tememos poco, porque no le conocemos.

Pero el alma santa del Salvador, llena de gracia, de verdad, y de luz, vé todo el horror del pecado; vé su desorden, su injusticia, y su fealdad inmortal; vé sus deplorables resultas, y que de esta fatal raíz nacen y se derraman en la tierra la muerte, la maldicion, la ignorancia, la soberbia, la corrupcion, y finalmente todas las pasiones. En este doloroso instante se le presenta la duracion de todos los siglos, desde la sangre de Abél hasta su consumacion; vé una tradicion continuada de delitos en la tierra: recorre la funesta historia del Universo, y nada se oculta á los secretos horrores de su tristeza; vé las mas monstruosas supersticiones establecidas entre los hombres, borrado el conocimiento de su Padre, ensalzados á divinidades los infames delitos; vé que los adulterios, los incestos, y las abominaciones tienen sus Templos y Altares, que la impiedad y la irreligion es el partido de los mas moderados y prudentes. Si se vuelve ácia los siglos christianos, descubre en ellos los males futuros de su Iglesia, los cismaticos errores, las disensiones que habian de romper el precioso mysterio

de su unidad, la profanacion de sus Altares, el indigno uso de sus Sacramentos, la extincion casi absoluta de la fé, y las costumbres corrompidas del Paganismo restablecidas entre sus discipulos: Esto es lo que se le presenta à aquella alma santa.

Vé con particularidad la historia de cada pecador desde el fatal instante en que empezó à mancharse su alma hasta el dia de hoy; nada se le oculta de los horrores de vuestra vida pecaminosa, Católicos; vé esa infame pasion que os ha acompañado en todas las edades, y que ha inficionado todo el curso de vuestra vida; vé lo inútiles que han sido sus gracias en vuestro corazon, y el desprecio que habeis hecho de sus luces; vé que vuestra sangre, vuestro nacimiento, vuestras riquezas, vuestros talentos, que son beneficios de su mano liberal, se han hecho, por el desorden de vuestro corazon, la raíz y motivo de todas vuestras culpas; vé los secretos abysmos de vuestras conciencias, que tanto temeis manifestar en estos dias de salud, aquellas turbaciones e inquietudes de una verguenza mal entendida, que os hacen titubear entre la obligacion y los vanos temores; vé vuestra alma en el mismo estado en que hoy se halla, acaso combatida con los deseos de mudar de vida, agitada con los mas vivos remordimientos, y sin atreverse con todo eso à romper sus cadenas, cansada de la culpa, y sin tener valor para declararse por la virtud, fastidiada del mundo, y sin poder vivir sin él, desgraciada en su infidelidad, y no obstante siempre infiel: Qué mas diré? Compungida con la solemnidad de estos santos dias, y acaso limitando todo el fruto de estos santos mysterios, y de las verdades que ha oido durante esta santa carrera de penitencia, à la profanacion de las cosas santas, y à celebrar una Pasqua que acabará de llenar la medida de todos los demás delitos.

Estos son los horrores con que aquella alma santa se

vé cargada delante de su padre. Todas las venganzas que ha habido en el Universo, despues que se derramó la sangre de Abél; todas las monstruosas impurezas, desde que los hijos de Dios hicieron infames alianzas con las hijas de los hombres; todas las execrables impiedades, desde que la posteridad de Caín empezó à edificar ciudades, y à hallar en el hierro y en el bronce ídolos dignos de sus respetos; todas las blasfemias, desde que los hijos de Noé intentaron levantar un edificio contra el cielo; todos los atentados cometidos contra la paternal piedad, desde que Chán se atrevió à burlarse de la misteriosa embriaguez del Santo Patriarca; en una palabra, no hubo monstruosidad en la tierra, tanto en los siglos pasados como en los futuros, que no se manifestase en aquel funesto instante à aquella alma inocente; humilla su sagrada cabeza baxo esta terrible Cruz; las culpas de todos los hombres se hacen como culpas propias suyas; lleva sobre sí un mundo de iniquidades, mucho mas pesado que el que mantiene con la fuerza de su palabra; porque como dice la Escritura sagrada, sostiene el Universo como jugando; pero aqui se queja por su Profeta de que los pecadores han agravado su yugo, que han puesto sobre sus hombros el peso de sus delitos, y que no ha podido sufrirlo. La falta de zelo es la segunda causa que minorá en nosotros el horror al pecado; nos mueven muy poco los ultrajes que se hacen à Dios, porque le amamos poco; porque el amor es la medida del dolor; solamente nos mueven nuestros propios intereses, nuestra gloria, nuestros placeres, y nuestra fortuna, porque no amamos mas que à nosotros mismos. La gloria de Dios es para nosotros una pura especulacion, que no pone cosa alguna real y verdadera en nuestros corazones; y así, con tal que aquellas personas que dependen de nosotros sean fieles en sus ministerios, atiendan con solicitud à nuestros intereses, respeten à nuestras personas, y cuiden de agrar-

darnos , hacemos poco caso de que vivan sin orden , sin regla y sin temor de Dios.

Pero el alma santa del Salvador , que solamente busca la gloria de su Padre, y que le ama con un amor inmenso, y mas abrasado que el de todos los Cherubines , siente vivamente los ultrajes que se hacen à su suprema grandeza. El dolor de David por las prevaricaciones de la tierra, la amargura y zelo de Elías por los escándalos de la idolatría de Israel , la tristeza y lágrimas de Jeremías por las infidelidades de Jerusalén no eran mas que unas débiles imagenes de la tristeza del alma del Salvador; quanto mayor era el amor que tenia à su Padre , mas padece al ver los delitos de todos los hombres; y como el exceso de su amor no tiene límites , tampoco los tiene el de su dolor y martyrio.

¡Ah! Nosotros algunas veces quisieramos saber si verdaderamente nos hemos convertido à Dios, y si nos hallamos en su amistad y gracia : Es verdad que ninguno puede saber si es digno de amor ò de odio ; pero si esto pudiera averiguarse en esta vida , sería preguntandonos à nosotros mismos , si nos afligen y atraviesan el corazon los escándalos que estamos viendo todos los dias, si las conversaciones de los impíos , las disoluciones mundanas entre que vivimos , los males de la Iglesia , la profanacion de los Templos y Altares , la pública libérrad y la depravacion de las costumbres llenan nuestro corazon de amargura ; porque si miramos con indiferencia los desordenes de nuestros proximos , y los ultrajes que hacen al Señor cuyas criaturas son , y si gustamos de vivir entre ellos , es indubitable que no amamos. Al que ama à Dios le mueven los intereses de su gloria ; y el amor que no siente los ultrajes hechos al objeto amado , no es mas que una culpable indiferencia , que tiene mas semejanza con el odio que con el amor.

Finalmente ; la ultima causa que minora en nosotros el horror al pecado es la falta de santidad. Como hemos

na-

nacido pecadores , nos familiarizamos al tiempo de nacer con la idea del pecado ; miramos la culpa con ojos pecadores , por decirlo asi , y no nos parece tan horrible como en sí es , porque nunca nos asusta el ver lo que se nos parece. Pero el alma santa del Salvador nada halla en su agonía que pueda asegurarla contra el horror del pecado. Aquella alma mas pura y mas santa que todas las inteligencias celestiales , se vé como manchada repentinamente con todas nuestras culpas , de modo que está viendo con los ojos de su divina pureza , que cargan sobre sí las vergonzosas liviandades de los pecadores; con los ojos de su clemencia se vé manchada con sus odios y rencores ; con los ojos de la mas viva religion se vé obscurecida con sus impiedades y blasfemias ; en una palabra , con los ojos de la misma virtud se vé tiznada con todos sus vicios.

Entonces esta alma santísima se mira con un horror inexplicable ; entonces no puede sufrir la vista de sí misma, y empieza à desfallecer , y à experimentar una mortal tristeza : *Coepit contristari, & maestus esse (a)*. Quisiera apartar à lo menos su inocente vista de este terrible objeto, pero la justicia de su Padre la obliga à que le considere y le mire. Esta justicia es una luz rigurosa que la sigue à todas partes , y que no la permite apartar un solo instante su interior vista de la ignominia que la cubre ; y sin duda alguna hubiera expirado con el rigor de este tormento , si la misma justicia de su Padre no la hubiera reservado para padecer otros mas dilatados, y para un sacrificio mas público.

Vosotros los que me estais oyendo , mirad al alma santa de Jesu-Christo que está para expirar en fuerza del dolor y de la pena ; miradla herida con todo el horror que inspira el pecado quando se contempla con la luz de Dios; mirad la imagen del dolor con que debeis ir al Tri-

bu-

(a) *Matth. 26, v, 37.*

bunal de la penitencia, quando os llegais en estos dias de salud para aplacar la justicia de Dios por vuestras culpas: Jesus en su agonía es el modelo de los penitentes, y con todo eso llegais al Sagrado Tribunal con los ojos enjutos, con un corazon tranquilo, y mas pesaroso de la verguenza que le ha de costar el confesarse, que de la multitud y enormidad de las caídas que ha de confesar; con todo eso, nos referireis la terrible historia de vuestra vida, del mismo modo que se suelen contar los sucesos indiferentes, y necesitaremos valerlos de toda la fuerza de la divina palabra para despertaros de vuestro letargo, y para arrancar de vuestras almas algunas leves expresiones de compuncion; nos será preciso disputar, persuadir, condescender, y aun aflojar en las reglas, para que recibais los remedios; y si queremos abrir vuestros ojos para que veais el deplorable estado de vuestras conciencias, y obligaros à que saqueis el ojo que os escandaliza, como dice la Escritura, y apartaros de la ocasion en que peceis, resistireis, os quejareis, nos acusareis de que perturbamos vuestras conciencias, y de que inducimos à los pecadores à desesperacion. ¡Oh Dios mio! ¿Es este el modo de aplacaros? ¿Son estas las santas angustias de la penitencia? Quando vuestra gracia hace en una alma arrepentida aquellas vivas y ríguosas impresiones que preceden à la conversion, los Angeles de la Iglesia, los Ministros de la reconciliacion ¿tienen otros ministerios que practicar, como hoy el Angel consolador que embiais à vuestro hijo, mas que confortar al pecador en la tristeza de su penitencia, consolarle en sus temores, enjugar sus lágrimas, y moderar su dolor, y en vez de avivar su tibieza, ò humillar su soberbia y rebellion, suavizarle la amargura de su caliz, y la confusion de su abatimiento?

Esta, Católicos, es la segunda circunstancia de la agonía del Salvador; la infamia con que su Padre le cubre, y el abatimiento que le pide su justicia para expiar la soberbia del pecado; esto es, para reparar el segundo desorden.

Por-

Porque primeramente, se vé humillado y abatido de sus discípulos que fueron testigos de sus temores en la presencia y angustias; su alma santa se acobarda en su presencia con la vista de la muerte; el mismo Señor, que tantas veces los habia animado à sufrir, contradice hoy su doctrina con su exemplo; se vé obligado à confesar publicamente en su presencia su tristeza y su miedo; implora su socorro, y les pide que no le abandonen en su angustia, y en el exceso de su pena: *Sustinete hic, & vigilate mecum* (a).

¡Ah Católicos! ¿Podrá Pedro conocer por estas señales al Christo Hijo de Dios vivo? ¿No retrataba ya interiormente la gloria de su confesion? ¿No empieza ya desde entonces con sus dudas y temores à negar à su Divino Maestro? Pues esta es toda la confusion que se halla obligado à sufrir el Salvador; no se contenta con cargarse con nuestras culpas, sino que tambien toma sobre sí su infamia; y nosotros queremos que nuestra penitencia nos dé estimacion para con los hombres; aun en los pasos que damos para nuestro arrepentimiento, procuramos adquirirnol la pública estimacion; evitamos como imprudencia y exceso de zelo todo lo que pudiera abatirnos; limitamos nuestra virtud à las obligaciones que aprueba el mundo; así como habiamos buscado la estimacion de los hombres en nuestros desordenes, la buscamos tambien en nuestra penitencia; y muchas veces la misma vanidad que nos habia hecho pecadores, nos hace tambien penitentes.

En segundo lugar; le sirven de abatimiento los socorros que recibe de un Angel; es tan grande su congoja, el temor de la muerte hace en su alma una impresion tan sensible, ò por mejor decir, carga su Padre la mano sobre él con tanto rigor, que es preciso que baxe un Angel del

(a). *Ibid.* v. 38.

del cielo para consolarle, para fortalecerle, y para ayudarle, como Simon Cirineo en el Calvario, para que lleve aquella invisible Cruz: *Apparuit illi Angelus de caelo, confortans eum (a)*. ¡Oh Angel del cielo, no era en otro tiempo ese tu ministerio; antes no te atrevas à acercarte al Señor sino para servirle y adorarle, y hoy se humilla hasta tener necesidad de tí; el mismo Señor que mantiene todas las cosas con la fuerza de su palabra, no puede confortarse à sí mismo; entre tus manos se halla debil, acobardado, y casi expirando, sin hallar fuerza sino en un remedio tan vergonzoso para su gloria; no quiere Jesu-Christo que le consuelen sus discipulos; pero al mismo tiempo no reusa el ministerio de un Angel consolador, para enseñarnos que en nuestras aflicciones no debemos buscar nuestro consuelo en los vanos discursos de los hombres, que parece se interesan en nuestras desgracias, sino en la piedad y sencillez de los Ministros del Señor, de estos enviados del cielo, que nos manifiestan la prudencia y la justicia de sus órdenes; para enseñarnos que el Señor es zeloso, particularmente de las almas que padecen; que manchamos la gloria de nuestros trabajos, si buscamos otros consuelos mas que los de la fé y de la religion; que todo el merito de una alma afi-gida consiste en el silencio; que el referir à los hombres nuestras penas para que se compadezcan de ellas, es revelar el secreto que Dios nos comunica, por decirlo así, y perder el derecho de conversar y consolarnos con su Magestad.

Finalmente; se vé abatido con el sueño y huída de sus discipulos; no mueve à estos el espectáculo de su agonía; miran con indiferencia à su buen Señor luchando con la muerte, y se entregan descuidados al sueño; se

(a) *Luc. 22. v. 43.*

vé precisado el Salvador à reprehenderles su indiferencia: ¿Es posible, les dice, que no habeis de poder velar conmigo una hora entera? *Sic non potuistis una hora vigilare mecum?* (a) El solo es el que padece; hasta sus amados discipulos parece que se ponen de parte de la justicia de su Padre.

¡Oh, católicos! nosotros somos tan delicados acerca de la fidelidad de nuestros amigos, que la menor indiferencia nos ofende, y el mas leve defecto de cuidado nos altera, y continuamente nos estamos quejando de que los que mas nos deben son los que mas se oponen à nuestros intereses; pues aprendamos de Jesu-Christo à no esperar de las criaturas mas que el ser pagados con ingrati-tudes. Aún los hombres tienen alguna razon para olvidarse de nuestros beneficios, ó dejar resfriar su agradeci-miento; la vanidad, el antojo, el propio interés tienen regularmente mas parte que la amistad en los buenos ofi-cios que por ellos hacemos; aunque los favorezcamos, no buscamos mas que nuestro propio interés: pero Jesu-Christo quando escogió à sus discipulos, solamente consultó al amor que los tenia; y la ingratitude de estos es de tanto mayor abatimiento para el Señor, quanto mas sincero era el afecto que los tenia.

Estos son todos los abatimientos que padece el Salva-dor en su agonía: pero era tambien preciso que expiase los injustos placeres, en que consiste el tercer desorden del pecado; y así el violento dolor que padece su alma al ver el suplicio que le prepara su Eterno Padre, es la tercera circunstancia de su agonía: Es indubitable que el esperar un tormento que se vé presente, y que no se puede evitar, es siempre una pena mas cruel que el mismo tormento, y que es una muerte mil veces mas dolo-

ro-

(a) *Matth. 6. v. 4.*
Tomo VI.